

FLORENCIA BONELLI

Nacida bajo el signo del Toro

No sabía que conocerse a sí misma
le cambiaría la vida



FLORENCIA BONELLI

NACIDA BAJO EL SIGNO DEL TORO

Capítulo I

Marzo de 2011

Camila Pérez Gaona detestaba varias cosas, entre ellas, el primer día de clase. El orgullo le impedía mostrar contrariedad, por lo que se detuvo en la puerta del aula, echó un vistazo dentro y siguió avanzando, consciente de que quedaban pocos pupitres vacíos —dos adelante, uno en la parte de atrás— y de que debía actuar rápidamente y con decisión, como si nada le importase ni la afectase, de modo tal de salvaguardar su imagen y disimular la angustia que le causaba no tener a nadie que estuviese reservándole un sitio para compartirlo a lo largo del año. «¿Por qué los pupitres no son individuales?», se lamentó. «¿Por qué tienen que ser para dos? ¿Acaso podemos hacer las pruebas de a dos?», remató, con la mordacidad que pocos conocían; en esa aula, nadie.

—¡Ey, Camila! —la llamó Benigno Urieta, con quien se había sentado el año anterior. Conservaba la esperanza de que alguna de las chicas la invitase, pero ninguna reparaba en ella.

—Hola, Benigno. ¿Qué tal?

—¡Súper!

A Camila, Benigno Urieta le caía bien, aunque perteneciese al grupo de los *nerds* y fuese más feo que agarrarse los dedos con la puerta. No comprendía a qué se debía el eterno buen humor del muchacho; siempre estaba contento. En algo lo admiraba: era muy inteligente, si bien no tanto como el líder del grupo, Lautaro Gómez, el mejor alumno de la división (se sabía que ese año, el penúltimo, se convertiría en uno de los escoltas de la bandera). Sin meditarlo, dirigió la mirada hacia Gómez, que ocupaba el primer lugar, y se sorprendió al descubrirlo observándola. Apartó la cara con un movimiento nervioso; la intensidad de esos ojos oscuros la había inquietado.

—¿Querés sentarte conmigo, Cami?

Camila sonrió. «A Benigno le han puesto bien el nombre», se dijo. Era bueno como el Quaker. En el fondo, sintió alivio ante la invitación y no le importó que su sueño, que Lucía Bertoni o Bárbara Degèner, las más lindas y populares del curso, notasen que existía y la convocasen, acabara de destruirse. Apoyó la mochila sobre el asiento y dijo:

—Sí, Beni. Gracias.

—¡Claro! ¿Acaso no lo pasamos muy bien el año pasado?

—Hola, Camila. —Karen, la compañera inseparable de Lautaro Gómez, se dio vuelta y le sonrió, actitud inusual porque era parca y callada como Gómez—. ¿Qué tal las vacaciones?

—Bien —mintió, y no se atrevió a inventar que había ido a la playa porque estaba más blanca que un queso.

—Tenés el pelo más rubio. ¿Te hiciste algo?

—No —aseguró, y se aferró un mechón para estudiarlo. ¿De veras estaba más rubio? No lo había notado. De niña, tenía el pelo casi blanco. Con los años, mechones más oscuros habían ganado preponderancia. Su madre aseguraba que tenía un cabello espléndido. Ella opinaba lo contrario: no era lacio ni rizado y, últimamente, tenía *frizz*. Tomaba con pinzas las aseveraciones de su madre; había aprendido que, para Josefina Zuviría de Pérez Gaona, sus hijos, Camila y Nacho, eran los más hermosos y perfectos del planeta.

No podía determinar si la afirmación de Karen —que tenía el pelo más rubio— era cierta; lo que sí estaba en grado de asegurar era que estaba gorda. Y eso la martirizaba. Los kilos de más —unos cuantos— no habían llegado por arte de magia, sino por su afición a la comida. Había descubierto un libro viejo de cocina francesa de la abuela Laura y, durante las últimas semanas de las vacaciones, se lo había pasado preparando delicias de la *pâtisserie*. Pocas cosas le gustaban en la vida; cocinar era una de ellas; comer, otra. Como la avergonzaba admitirlo, solo sus padres y su hermano menor, Ignacio, lo sabían y disfrutaban de sus experimentos. Como temió que Karen, en su racha amigable, comentara: «Y estás más gordita», se dio vuelta para acomodar la mochila en el respaldo de la silla y sacar la carpeta. Karen era del tipo que expresaba su parecer sin filtros ni inhibiciones,

y ella no quería que lo hiciese frente a Gómez. No le habría molestado frente a Benigno; frente a Lautaro Gómez le habría resultado intolerable. Se preguntó por qué.

Un alboroto captó su atención. Bárbara y Lucía se subieron a los pupitres y levantaron los brazos.

—¡Ey! ¡Hola, Sebas! —gritaron al unísono—. ¡Hola, papito!

—¡Hola, hermosuras! —saludó Sebastián Gálvez, y entró en el aula con su porte pendenciero.

A Camila se le atascó la respiración. Por un lado, había lamentado que terminase el verano porque tendría que regresar al colegio. Por el otro, había deseado que acabase para volver a verlo, y allí estaba, el chico más lindo que ella conocía, con la piel bronceada, los ojos verdes fulgurantes y el cabello castaño claro con reflejos rubios en el jopo. Era alto y macizo, con brazos que parecían caños gruesos, los que utilizó para envolver las piernas de Lucía y de Bárbara, justo debajo de la cola, y despegarlas del pupitre para levantarlas en vilo. Caminó por el frente del aula con ellas en andas, ostentando su fuerza. Las chicas aullaban de placer y de divertimento, y los demás aplaudían. Era sabido que Gálvez hacía pesas. Las malas lenguas decían que tomaba anabólicos.

—¡Qué infradotados! —masculló Karen.

Camila de nuevo tropezó con los ojos oscuros e intensos de Lautaro Gómez. No parecía interesado en el espectáculo, sino en ella. La contemplaba con una fijación que casi rayaba en un comportamiento provocativo. De manera disimulada, se pasó la mano por la nariz; tal vez tenía un moco; se peinó las cejas tupidas; en opinión de su hermano Nacho, cuando se despeinaban, parecían las de Drácula; se limpió la boca, porque de pronto se le ocurrió que tenía migas de la tostada del desayuno; se pasó la lengua por los dientes para eliminar cualquier resto de comida atascado.

De los cambios a los que se había visto forzada a adaptarse el año anterior al ingresar en ese colegio, compartir el aula con varones había resultado uno de los más inquietantes. Desde jardín de infantes, su vida escolar se caracterizaba por un mundo exclusivamente femenino. No había maestros, ni profesores, ni celadores; todas eran mujeres; incluso la portería estaba en manos de una mujer. Por supuesto que había conocido varones en las fiestas a las que había asistido con sus

primas y sus amigas. Sin embargo, los complejos que la atormentaban la volvían tímida y la entorpecían para relacionarse con el sexo opuesto. Admiraba a su prima Anabela, que ya había estado de novia tres veces; también a su amiga Emilia, que, desde hacía tiempo, salía con un tenista cinco años mayor que ella.

La asaltó la nostalgia, y se preguntó qué estarían haciendo en ese momento. Recordó qué divertidos habían sido los primeros días de clase en el Saint Mary High School, donde todo le resultaba familiar. Ahora caía en la cuenta de que el bienestar había provenido de la seguridad que le brindaba el entorno. La Escuela Pública Número 2, vieja, enorme y fantasmagórica, la asustaba, y, aunque ya hubiese pasado un año dentro de sus paredes descascaradas, no conseguía deshacerse del sentimiento de ajenidad.

—¡Ey, *boy scout*! —Sebastián Gálvez se aproximó al primer banco, el que ocupaban Karen y Lautaro, escoltado por Lucía y Bárbara, que proferían risitas—. ¿A cuántas ancianitas salvaste hoy? —Le pasó la mano por la coronilla y lo despeinó.

Camila observaba la escena sin pestañear. La rivalidad entre Gálvez y Gómez era conocida. El primero no perdía oportunidad de hostigar al mejor alumno y humillarlo por pertenecer al movimiento Scout, situación que juzgaba una muestra más de debilidad del jefe *nerd*. Gómez jamás atendía a las pullas y se limitaba a lanzarle vistazos impasibles. A Camila, la pasividad de Lautaro no le resultaba extraña, porque si bien era alto como Sebastián, presentaba la contextura de un junco. Gálvez lo habría dejado fuera de combate en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Salí de acá, retardado! —se ofuscó Karen, y le retiró la mano con la que despeinaba a su amigo—. ¿Por qué no vas a practicar la tabla del dos? Tal vez este año consigas aprenderla.

—¡Callate, cuatro ojos! —le soltó Lucía Bertoni.

—¡Ah! Pistacho y Maní —dijo Karen, que no se echaba atrás—. ¡Qué bueno volver a verlas!

Camila la admiraba por eso, por no intimidarse, a pesar de contar con varios talones de Aquiles en donde las bellezas de la división podrían haberla golpeado. Necesitaba lentes con bastante aumento, tenía una nariz prominente y usaba aparatos.

—¿A quién llamás Pistacho y Maní?

—A ustedes, obviamente.

—¿Por qué Pistacho y Maní? —se interesó Sebastián Gálvez, y Camila casi emitió una exclamación de sorpresa cuando Karen se volvió para enfrentar al bonito del curso. Lo hizo con una sensualidad de la que jamás la creyó capaz, con un movimiento de su cabello largo y espeso, el cual, al caer hacia un costado, le enmarcó el rostro de manera adorable, y con un aleteo de pestañas, que se revelaron largas y pobladas bajo el aumento de las lentes. Al parecer, también sorprendió a Sebastián, cuya sonrisa altanera desapareció.

—Por el tamaño de sus cerebros —contestó Karen, y las risotadas se elevaron desde el sector trasero del aula. El propio Gálvez rio, y las insultadas, después de exclamar: «¡Imbécil!», dieron media vuelta y regresaron a sus pupitres.

Entró la preceptora, Rita, la misma del año anterior, y puso orden. El nuevo año lectivo acababa de comenzar, y a Camila se le antojó que se disponía a escalar el Everest sin reserva de oxígeno.

* * *

Si bien había muchas cosas que detestaba, existían otras que amaba, como cocinar y comer. Su favorita, sin embargo, era leer, no cualquier libro, prefería las novelas, y no importaba el género; policial, romántico, aventura, ciencia ficción, la seducían por igual.

En el primer recreo, después de una clase de repaso de Matemáticas en la cual solo Lautaro Gómez acertó con las respuestas, se sentó en el suelo de la esquina más solitaria del patio y abrió *After the Funeral*, de Agatha Christie; la mantenía subyugada desde hacía tres días y, en parte, la había ayudado a olvidar que las vacaciones terminaban y que debía regresar a ese colegio espantoso. Minutos más tarde, un pelotazo le arrancó el libro de las manos, lo mismo que una exclamación. Se quedó atónita, no tanto por el hecho, sino porque advirtió que Sebastián Gálvez corría hacia ella para recuperar la pelota.

—¡Perdón! —dijo, con una sonrisa.

Camila lo siguió con ojos desorbitados y cientos de palabras que le bullían en la cabeza, en tanto Gálvez traía la pelota y levantaba el libro del suelo. Al reflexionar que, cuando se sentaba de ese modo, los «jamones», como Nacho apodaba a sus piernas, se tornaban aún más voluminosos, se puso de pie de un salto y se acomodó el guardapolvo sobre el jean.

—*After de Funeral* —leyó Sebastián, y pronunció «funeral» en castellano. A Camila la tomó por sorpresa que un chico como él no supiese leer en inglés—. ¿Qué quiere decir?

—Después del funeral.

—¿Sabés hablar en inglés? —Camila asintió deprisa, asustada porque era la primera vez que Sebastián Gálvez le dirigía la palabra—. ¿Entendés todo lo que dice aquí? —Otro asentimiento rápido—. Lee-me esto —le exigió, y marcó un párrafo al azar.

—*From his seat by the fireplace in the library, Hercule Poirot looked at the assembled company.* —Se detuvo porque, de pronto, le faltó el aire. Cerró el libro y se quedó contemplando la ilustración de la tapa. No se atrevía a levantar la mirada.

Los que jugaban al fútbol apremiaron a Gálvez para que retornase con la pelota. Este, después de observar con gesto ceñudo la coronilla rubia de Camila, dio media vuelta y se alejó. Ella se atrevió a observarlo. Le pareció hermoso y algo más. Poseía una cualidad a la que no lograba definir. Sí, le parecía masculino. Eso había dicho la abuela Laura al referirse a Clark Gable, su actor favorito. «¡Esos eran hombres! Masculino hasta la médula», había expresado después de ver por enésima vez *Lo que el viento se llevó*. Sebastián Gálvez, con su cabellera desgreñada, la camisa blanca fuera del pantalón y sus botas tejanas, le pareció tan masculino como Gable.

—¿Estuvo molestándote el retardado?

Karen se había aproximado por detrás y Camila no la había escuchado.

—No, no —respondió.

—¿Qué quería? —preguntó Benigno Urieta, con la cara seria.

—Me preguntó si sabía leer en inglés. Y me pidió que leyese un párrafo. —Levantó el libro y les mostró la tapa.

—Y vos se lo leíste, por supuesto. —La voz cascada y grave de Lautaro Gómez la desconcertó. Que el jefe de los *nerds* le hablase no era menos desconcertante que lo hiciese Sebastián Gálvez. Se caracterizaba por un mutismo pertinaz. Algunos sostenían que, antes de la muerte del padre, ocurrida más de tres años atrás, había sido alegre y amistoso. De igual modo, lo que la dejó perpleja fue el tono imperioso y enojado. Se quedó mirándolo, aturdida.

—Vamos —ordenó Gómez a sus amigos, que dieron media vuelta y lo siguieron.

* * *

De regreso a casa, en el subte, simulaba leer *After the Funeral*, cuando en realidad meditaba acerca de lo ocurrido en el recreo. Sebastián Gálvez le había hablado por primera vez y se había interesado en ella, en su libro, en que hablaba en inglés, algo que ella hacía muy bien y él, no. Eso le dio una punzada de vanidad y sonrió. La Escuela Pública Número 2, de jornada simple, no era bilingüe. En el Saint Mary High School, en cambio, el inglés formaba parte de la enseñanza desde el jardín de infantes. ¡Claro que sabía hablar en inglés! Y fluidamente, porque las lenguas se le daban con facilidad. Por esa razón su mamá la había inscripto en un curso de francés cuando era muy pequeña, así que también hablaba en francés. Por supuesto, ya no asistía al instituto de francés; la cuota era muy cara. Mantenía el nivel leyendo y alquilando películas francesas. Amaba los libros de Colette y las películas con Jean Reno. *Les Visiteurs* era su favorita.

Las risotadas de Lucía Bertoni y de Bárbara Degèner se impusieron al estruendo de los vagones y la hicieron despegar la vista del libro. Se hallaban a unos pasos, no iban sentadas y cuchicheaban y reían al tiempo que lanzaban vistazos a Lautaro Gómez, el cual no se inmutaba ante el despectivo examen al que lo sometían las chicas más lindas de la división. Se dijo que, si ella hubiese sido el objeto de burla de esos dos, no lo habría tolerado y habría descendido en cualquier estación con tal de sacárselas de encima. Gómez, en cambio, seguía absorto en su conversación con un chico de la otra división al cual también reputaban de *nerd*.

La confianza con la que Bárbara y Lucía, pero sobre todo Bárbara, se desenvolvían resultaba cautivante. En opinión de Camila, a ella también le hubiese resultado fácil mostrarse segura si su cuerpo hubiese sido como el de ellas. Se habían quitado los guardapolvos y se exponían con la desfachatez que les permitía la certeza de que sus formas eran esculturales. Los pantalones ajustados les calzaban a la perfección, marcándoles las piernas de gimnasio y los glúteos duros y redondeados. Como hacía calor, llevaban remeras de manga corta. La de Lucía le dejaba el ombligo al descubierto, donde destellaba el estrás violeta de un *piercing*. Tenían el busto proporcionado y hombros delgados y pequeños. «¡Qué feliz sería si fuese como ellas!», añoró Camila.

Aunque faltaba para su estación, abandonó el asiento y se aproximó con la intención de escuchar lo que decían.

—¡No te puedo creer que te lo encontraste en el club!

—¡Te juro que es verdad! —insistía Bárbara—. Fui al club y ahí estaba, con un grupo de karate que iba a dar una exhibición.

—Sabía que practicaba karate —admitió Lucía—. Y, ¿qué tal?

—Yo no entiendo nada de eso, pero me pareció que lo hacía muy bien. Después, cuando terminó la exhibición, me subí al techo del vestuario —dijo, y codeó a su amiga con aire cómplice.

—¡No! Y, ¿lo viste desnudo?

—¡Sí!

El tren se detuvo, las puertas se abrieron y Camila descendió, quedándose con las ganas de saber a quién había visto desnudo la hermosa Bárbara Degèner.

* * *

Además de odiar el primer día de clase, Camila detestaba su nuevo barrio. Después de haber vivido en un piso de cuatrocientos metros cuadrados, en una de las avenidas más lujosas de Buenos Aires, no toleraba la visión de ese barrio viejo, de veredas angostas, rotas y sucias y edificios mediocres. Avanzó apretando las carpetas contra su pecho y con la mirada al suelo. Oyó a una señora ordenar a su perrito que soltase lo que tenía en la boca, y eso la llevó a reflexionar con qué

facilidad había cumplido la orden de Sebastián Gálvez. «*Leeme esto*», le había exigido, sin pedir por favor. «*Y vos se lo leíste, por supuesto*». El comentario de Lautaro Gómez le provocó un respingo y apresuró el paso. La humilló recordar que se le habían coloreado los cachetes. Anabela, su prima, aseguraba que los cachetes se le ponían colorados porque todavía era virgen. «Cuando te acuestes con un chico, vas a dejar de ser tan inocentona y de espantarte por todo». Tenían la misma edad y habían sido amigas desde la cuna; no obstante, a Camila, Anabela la abrumaba, la ponía nerviosa su movimiento constante, su pasión por los deportes, su necesidad de dar órdenes, sus apremios. Le molestaba que hablara de ella y solo de ella.

Pensó de nuevo en Sebastián Gálvez y en su exigencia descarada. «¡Soy una imbécil!», se reprochó. «Debería haberlo mandado a paseo. ¿Quién se cree para venir a exigirme que lea esto o aquello?». Recreó la escena y le pareció que había hecho el papel de idiota. Se puso furiosa y deseó que su madre no se encontrara en casa. No tenía ganas de discutir. Desde hacía un tiempo, era lo único que las mantenía comunicadas: discutir.

La buena suerte la desertó: su madre estaba en casa, preparando un almuerzo rápido.

—Acabo de llegar de dar clases —dijo Josefina, mientras removía un puré de papas instantáneo—. Y ya tengo que irme. Encendí el horno y péné las milanesas congeladas.

Josefina había vuelto a trabajar el año anterior para paliar la endeble economía familiar. Resultaba evidente que no disfrutaba haciéndolo. Se quejaba de continuo de los alumnos, de los padres, de los colegas, de las autoridades, del Ministerio de Educación y de todo. En el pasado, cuando todavía eran dueños de la fábrica de textiles, su madre se lo pasaba en grande, llena de compromisos sociales, viajes, fiestas y tardes de *spa*. Se peinaba en la peluquería, vestía a la última moda y jamás tenía las uñas despintadas. En el presente, vivía con una cola de caballo, se teñía en casa y nunca se hacía la manicura.

—Camila, te llamó Anabela. Dice que la llames al celular. Pero no hables mucho que después la cuenta del teléfono es de terror.

Camila se mordió el labio y cerró los ojos. No quería hablar con su prima. De seguro querría contarle lo bien que lo habían pasado

en ese primer día de clases. Cabía la posibilidad de que la invitase a una fiesta el sábado por la noche para la cual tendría que inventar una excusa porque no pensaba asistir. Sus amigas del Saint Mary concurrirían con ropas estupendas, muchas compradas en Nueva York o en París; además, hablarían del veraneo en sus mansiones de la costa, mostrarían el último modelo de teléfono celular y comentarían las maravillas de la nueva computadora. Se habría sentido como una extraterrestre. No la llamaría.

—Camila, antes de que te laves las manos, llevale a la vecina el sobre que está en el mueble de la entrada. El portero se equivocó y lo dejó aquí.

—Lo tiro por debajo de la puerta, ¿no?

—Sí, claro.

Hacía más de un año que vivían en ese semipiso de ochenta y cinco metros cuadrados y aún desconocía el nombre de la vecina. Miró el sobre. Alicia Buitrago. «¿Buitrago? ¿Qué clase de apellido es ese?», pensó, y enseguida se arrepintió porque recordó la costumbre de su abuela Laura de interesarse con aire altanero por la genealogía de las personas; la fastidiaba.

Salió al palier y se inclinó para deslizar el sobre bajo la puerta, que se abrió de súbito y la sobresaltó.

—¡Hola! —exclamó la vecina, sonriendo.

—Yo... El portero se equivocó —explicó, de modo atropellado—. Esto es suyo —dijo, y le extendió el sobre.

—Gracias. Permitime un momento que justo estaba sacando la basura.

Camila la siguió con la vista mientras la mujer se dirigía al descanso de la escalera, donde había un gran tacho de basura. Era alta, con los hombros caídos, y, si bien lucía delgada, Camila advirtió que tenía caderas fuertes. «No me pondría esa pollera tubo con esas caderas», dictaminó.

—Así que Aníbal se equivocó y dejó esto en tu casa, ¿eh? ¡Ah, ese pisciano soñador!

«¿Pisciano soñador?». Camila no sabía nada de astrología. En su familia, se la juzgaba una práctica asociada a gente rara y de poco nivel e intelecto.

Un bebé comenzó a llorar.

—Es Lucio, mi hijo. Vení, pasá —la invitó la vecina y se metió dentro—. Voy a buscarlo y te lo muestro. Pasá, pasá.

A Camila, la alegría y la simpatía de la mujer la incomodaban. Se quedó cerca de la puerta, dispuesta a echar a correr si la tal Alicia Buitrago intentaba algo sospechoso.

Se presentó con un bebé en brazos que rondaba el año. Lloriqueaba, malhumorado, con los mofletes rojos de sueño. La invadió una ternura que dio al traste con la desconfianza. Los bebés eran su debilidad. Hacía tiempo que no veía a sus primitos, los hijos de tío Humberto, desde que este se había peleado con su padre a causa de la quiebra de la fábrica textil.

—Mirá, Lucito, la vecina ha venido a visitarnos. ¿Cómo te llamás?

—Camila.

—¡Ah, qué hermoso nombre! ¿Verdad que sí, Lucito? Yo soy Alicia —se presentó, y extendió la mano.

El llanto de Lucito arreció. Sonó el teléfono. La vecina se colocó el inalámbrico entre la oreja y el hombro y contestó.

—Calmate, Aurora. Por favor, tranquilízate.

Parecía una llamada importante. La cara sonriente de la vecina se había endurecido. Sin mediar palabras, colocó a Lucio en brazos de Camila y se alejó para hablar en privado. Lucio se sintió sorprendido al caer en brazos de una extraña y calló. Tomó distancia y observó a Camila con un gesto que la hizo reír.

—¡Hola, Lucio! ¿Cómo estás? —Se sentó en el sillón y lo colocó sobre sus piernas para hacerle «caballito», una práctica que jamás fallaba con sus primos—. ¡Hico, hico, caballito!

Lucio rompió en carcajadas. Cuando Camila se detenía, se quejaba y, en su lengua indescifrable, daba a entender que quería más.

—¡Ey, pero qué bien se llevan ustedes dos! —exclamó Alicia—. Disculpame, Camila, tenía que atender esa llamada. Era una paciente.

—¿Usted es doctora?

—No, soy psicóloga y astróloga.

«¡Psicóloga y astróloga!». Su madre no se había equivocado al juzgar que la vecina tenía traza de «*esas de la new age*». Le molestaba que inundase el palier con aroma a sahumero. A Camila, en cambio, le gustaba.

Apenas traspuesto el umbral de su vecina, advirtió que quemaba uno con aroma a rosas.

—¡Qué bien se lo ve a Lucito con vos! —insistió la mujer—. Es reacio con los extraños, porque se lo pasa aquí, solo, conmigo todo el día. ¿Querés tomar algo, Camila?

—No, no. Estamos por almorzar en casa.

—Ah, claro. Yo como temprano, porque en unos minutos empieza el desfile de pacientes y clientas.

—Hasta luego.

—Chau, Camila —dijo la vecina, y recibió al bebé—. Gracias por traerme la carta.

* * *

Tocaron el timbre alrededor de las dos de la tarde. Nacho y Camila, que hacían los deberes en la mesa del comedor, se miraron, extrañados. Lo común era escuchar el sonido estruendoso del portero eléctrico, pero no el del timbre del departamento. Se trataría de Aníbal, suposición que Camila eliminó al ver la hora, las dos y diez: aún era el descanso intermedio del portero, y Aníbal prefería morir antes que trabajar durante esas horas.

Observó por la mirilla. Se trataba de la vecina, Alicia Buitrago.

—Hola, Camila.

—Hola, Alicia.

—Necesito que me salves. La *babysitter* acaba de llamarme para decirme que no puede venir. ¡Recién ahora! ¡Me plantó cuando estoy a punto de recibir a mi primera paciente! ¿Podrías venir a casa y mirar a Lucito mientras yo trabajo? ¡Te voy a pagar!

—No, no, está bien —balbuceó. No sabía qué hacer. Por un lado, Alicia la atraía, le resultaba franca y alegre. Por el otro, temía que sus padres se enfurecieran al saber que se había metido en la casa de una desconocida. «¡Ni tan desconocida!», pensó. «Es la vecina». Ganarse unos pesos no era un estímulo menor.

—Disculpame. ¿Estabas haciendo algo?

—Los deberes.

—Si quieres —propuso la vecina—, traé los libros y estudiá en casa. A Lucito lo ponemos en el corralito y él solito se entretiene. Es muy bueno y tranquilo. Lo único que necesito es que estés cerca de él y que le echés un vistazo, mientras yo estoy en el consultorio con mis pacientes.

—Está bien —aceptó, y experimentó una sensación muy peculiar, nueva, una especie de contento y de seguridad que la llevaron a sonreír. Buscó sus carpetas y sus libros y caminó tras Alicia, que alcanzó a darle algunas indicaciones —cambio de pañales, mamadera, juguetes favoritos y demás— antes de que sonase el portero eléctrico anunciando la llegada del primer paciente.

Alicia Buitrago atendía a dos clases de personas: las que venían a consultarla como astróloga, y las que la buscaban como terapeuta. Camila juzgó que le iba bien, porque vestía buena ropa, calzaba excelentes sandalias y su departamento tenía un decorado costoso, no en el estilo que Josefina Zuviría de Pérez Gaona habría aprobado, sino en uno moderno y minimalista.

Esa primera tarde, Camila no volvió a abrir los libros. En honor a la verdad, no tenía mucho para estudiar y había completado la tarea antes de que Alicia se presentase; por lo que se lo pasó jugando con Lucito, al que encontró el bebé más adorable, simpático e inteligente que conocía; aun cambiarle los pañales se convirtió en una actividad lúdica.

Alrededor de las seis de la tarde, después de jugar sobre la alfombra con los cubos de colores, tuvo hambre. A Camila la sorprendía la soltura que, en pocas horas, había adquirido para moverse en esa casa; se sentía parte del entorno. Como Alicia la había autorizado, abrió la heladera. Ni siquiera en la época de pujanza de su familia, la heladera había estado tan bien surtida. Con su madre Josefina siempre a dieta, era infrecuente encontrar los postres, tortas y bebidas que Camila apreciaba en ese momento. Se le hizo agua la boca. Se sirvió una porción de *cheesecake* con salsa de frutos del bosque, su favorita, y preparó té con leche. Sentó a Lucito en la silla alta y le dio una galletita dulce de las que Alicia le había indicado. Mientras disfrutaba la *cheesecake*, se torturaba con la idea de que estaba gorda y de que no debería comerla. Lucito la miraba comer, mientras babeaba el bizcocho. La contemplaba con una seriedad que a Camila le arrancó una carcajada ahogada. Lo

observó. Era bonito, de ojos verdes agrisados y cabello castaño claro. No se parecía a Alicia, y se preguntó si habría salido al padre. No recordaba haberse cruzado con ningún hombre en ese año y pico que llevaba viviendo ahí.

Lucito se refregó los ojos y, sin quejarse, apoyó la cabeza sobre la bandeja de la silla. Camila se quedó mirándolo, embargada de ternura. Apuró el último trago de té, lavó la vajilla —los ojos soñolientos de Lucito la seguían—, la dejó en el secaplatos y lo sacó de la silla alta. El niño apoyó la cabeza sobre el hombro de Camila. Le provocó una sensación agradable sentir el peso de esa cabecita y el calor de su cuerpo en el pecho. Lo abrazó y lo llevó al comedor, aunque cambió de parecer y caminó hacia el *living*, una estancia por la que había pasado sin detenerse, y se apoltronó en el sillón.

Al principio y dado a la escasez de luz, no entendió el cuadro que tenía enfrente. Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra, se estremeció. Se trataba de una lámina enorme, tal vez de un metro por un metro, con un marco sobrio y dorado, que mostraba a una mujer acostada, desnuda y con las piernas abiertas, de la cual se veía parte del torso y por completo el monte de Venus, cubierto de rizos negros. El realismo del cuadro resultaba admirable, tanto que parecía una fotografía. Lo que atinó a pensar la hizo reír: «Esa tiene jamones más blancos, gordos y flácidos que los míos». Y, sin embargo, un pintor había querido retratarla. Se levantó con dificultad y se aproximó para leer una leyenda al pie del cuadro: *L'Origine du monde* - *Gustave Courbet* - *Musée d'Orsay* - *Paris*.

—¿No es bellissimo?

—¡Ah! —se asustó Camila—. No te escuché entrar.

—Es que estabas tan absorta. Veo que Lucito ha hecho migas con vos de inmediato. Cuando le da sueño, no se duerme con nadie, excepto conmigo.

—Es muy bueno.

—¿Te gusta *L'Origine du monde*? —Alicia pronunció bien el francés—. Estuvo oculto detrás de otra pintura durante muchísimo tiempo. Causó gran escándalo en su época, 1866. Yo lo encuentro fascinante.

—Parece una foto —acotó Camila.

—Porque Courbet es uno de los padres del realismo. Me encanta toda su obra. ¿De qué signo sos, Camila?

—De Tauro.

—¡Taurina! Como Lucito.

—No sé nada de astrología.

—¿Sabés cómo definimos los astrólogos a alguien de Tauro? Yo siento.

—¿Yo siento?

—Sí. Ustedes son los más sensuales del zodiaco. Todo lo aprecian a través de los sentidos: el del gusto, el de olfato, el del tacto. En su forma más básica, son glotones y cómodos, no les gusta moverse.

Camila ocultó su sorpresa. Nadie la había definido con mayor exactitud en sus casi dieciséis años. Amaba comer y le gustaba echarse a leer o a ver la tele; le encantaba dormir hasta tarde; detestaba que la apurasen y odiaba la práctica de deportes, algo en lo que su padre insistía.

—¿Ya terminaste con tus pacientes?

—Sí, por hoy sí. —Alicia le extendió varios billetes—. A la *baby-sitter* le pago veinticinco pesos la hora. Has estado cuatro horas, son cien pesos.

«¡Cien pesos!».

—Gracias, pero lo hice con gusto. No tenés que pagarme.

—Por supuesto que tengo que pagarte. Nadie trabaja gratis, Camila. Además, quería proponerte que te convirtieras en la *baby-sitter* de Lucito. Parece muy a gusto con vos. ¿A qué hora salís del colegio?

—A la una ya estoy en casa, a excepción de los martes y jueves que tengo gimnasia. Esos días llego a las dos y media.

—No hay problema. Yo empiezo a atender los martes y jueves alrededor de las tres. Podés almorzar aquí cuando llegues.

La idea la tentaba: cien pesos por día y la grata sensación que le provocaba estar en esa casa con Lucito.

—No sé si mi mamá querrá.

—¿Querés que hable con ella?

—No, no —se apresuró a decir. Josefina no aceptaría al tipo de mujer que encarnaba Alicia: psicóloga, astróloga y que encendía sahumeros.

Si llegaba a descubrir *L'Origine du monde*, la negativa sería contundente—. Yo le pregunto y te llamo más tarde.

—Muy bien. Anotá mis teléfonos.

* * *

Fue Juan Manuel, su padre, el que le dio una mano para convencer a Josefina.

—Juan, no tenemos idea de quién es esta mujer.

—Es la vecina. Camila estará enfrente de casa.

—¿Y decís que ella trabaja ahí? —Josefina se dio vuelta para dirigirse a su hija.

—Sí. Es psicóloga y tiene el consultorio en el departamento. —Se abstuvo de mencionar la parte zodiacal del asunto—. El departamento de ella es el doble del nuestro.

—Vas a descuidar los estudios —insistió, y Juan Manuel soltó un bufido.

—¡Por favor, Josefina! ¿No conocés a tu hija? Es la chica más responsable y aplicada de la Argentina.

—Cuidar a un bebé no es un juego.

—Solo tengo que mirarlo —intervino Camila—. Lo pongo en el corralito y lo miro desde la mesa en la que estudio.

—¡Por favor, Camila! He criado a dos hijos. No me digas que lo vas a dejar en el corralito y que ahí se va a quedar lo más tranquilo porque sé que no es verdad.

—Es muy tranquilo. Además, me pagaría muy bien. Yo quiero tener mi plata.

La última frase caló en el matrimonio Pérez Gaona. Sus gestos se ensombrecieron e intercambiaron miradas apesadumbradas. Camila aprovechó y siguió adelante con la táctica.

—Hoy me gané cien pesos por estar con Lucito cuatro horas.

—¡Cien pesos! —exclamó Nacho—. Yo también quiero ser *baby-sitter*.

—¡Andá a tu cuarto a terminar ese mapa, Ignacio! —lo apremió Josefina.

—¡Ufa!

—Y si te veo otra vez en ese maldito Facebook, vas a tener penitencia por un mes.

—¡Ufa!

—Cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía.

—¿Te pagaría cien pesos todos los días? —Juan Manuel pasó por alto el refrán de su esposa y se lanzó a hacer cálculos.

—No lo sé, papá. Tal vez algunos días me necesite menos horas.

—Lo dudo. Al final, tu hija, Jose, va a ganar más que vos, que te deslomás dando clases.

—Así podría tener plata para mis gastos —arremetió Camila— y no tendría que pedirles a ustedes. —Aunque, a decir verdad, poco les pedía desde que la fábrica había quebrado. A veces se preguntaba si sus padres estaban al tanto de que las zapatillas le quedaban chicas.

—Quiero conocer a la tal Alicia.

—Es encantadora —dijo Juan Manuel, y el interior de Camila tembló. ¿No conocía a su esposa para expresarse con tanta liviandad acerca de una mujer joven y atractiva? ¿No sabía que era celosa? Su futuro de *babysitter* estaba al borde de la muerte.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo sabés que es *tan* encantadora?

—Me la crucé varias veces en el ascensor.

—Mirá lo que son las cosas. Yo nunca me la crucé.

—Cami —dijo Juan Manuel—, llamá a la vecina y preguntale si puede venir un momento.

Camila espiró con alivio: había temido que sus padres decidiesen visitar la casa de Alicia Buitrago, en cuya sala, en lugar de la *Madona con el Niño*, como tenían ellos, se encontraba el cuadro más escandaloso que ella conocía.

Alicia accedió de muy buena gana y, en cinco minutos, se hallaba en el *living* de los Pérez Gaona con Lucito en brazos. En opinión de Camila, su madre no se molestó en ocultar la antipatía que le provocaba la vecina. Alicia, en cambio, se desenvolvió con cordialidad. Juan Manuel decidió que probarían durante una quincena. Si Camila, debido al trabajo, no cumplía con las obligaciones escolares, renunciaría.

Esa noche, comieron en un ambiente tenso y silencioso. Camila se sentía culpable. Nacho, su hermano, como siempre en Babia, hablaba de su primer día de clase, sin caer en la cuenta de que nadie le

prestaba atención. Camila lavó los platos y se fue a bañar. Se acostó en la cama, y, debido a que su habitación era la de servicio y se hallaba alejada —el departamento tenía dos dormitorios, y ella se había negado de plano a compartirlo con su hermano, ni siquiera con el biombo de la abuela Laura en medio—, apenas oía las voces de sus padres. No obstante, sabía que estaban discutiendo. Lo hacían a menudo desde que la situación económica familiar se había tornado tan difícil. Camila se angustió al pensar que peleaban por culpa de ella, de su insistencia por trabajar con Alicia.

Alicia le había dicho cosas interesantes y desconcertantes: *Yo siento*. Así se definía a un taurino. Puro sentimiento y sensación. «*En su forma más básica, son glotones y cómodos, no les gusta moverse*». Pocas veces la habían descrito con tanta precisión. En realidad, era la primera vez que alguien se preocupaba por describirla. «¿Cómo soy?», se preguntó.